

# Norteamérica: Signos de interpretación

Gonzalo RESTREPO JARAMILLO

Esta metrópoli aplastante de Nueva York empieza por anunciar la esencia ruda de su ser desde que se perfila en el brumoso horizonte la silueta incomparable de su aglomeración de rascacielos. Nada hay en el mundo parecido al conjunto arquitectónico que empieza a surgir de la niebla mientras el buque avanza por las animadas aguas de la bahía. Es como un rebaño de monstruos prehistóricos paralizados en la inmovilidad de la piedra y la rigidez potente del acero. Diríase que un fotógrafo antediluviano sorprendió la tropa de dinosaurios cuando levantaban sus cabezas junto a las aguas de su laguna favorita. Sus cuellos enormes, destacados contra el verde de los helechos arborescentes, serían émulos en la impresión óptica de esas torres que se recortan contra la cortina de perennes brumas.

Qué raza de hombres obsesionados por un ensueño babélico levantó las fábricas monstruosas? Obedecerán ellas a una concepción espiritual como los templos, a una necesidad material, a una teoría nueva de la vida?

Serán bellos? Porque el concepto de belleza es muchas veces piedra de toque de la bondad misma.

Aquí se presenta la primera dificultad, la primera contradicción de las muchas que encontramos en esta civilización norteamericana tan peculiar y desconcertante. El conjunto de los rascacielos es bello, con

una belleza *sui generis*, como una cadena de montañas cuyos agrios picachos se perfilan contra el azul de un cielo que de otra manera resultaría monótono. La belleza de esa línea del horizonte neoyorquino es de carácter grandioso, pero en todo caso es belleza. En cambio, casi todos los rascacielos son individualmente feos. Es imposible mantener armonía de formas, detalles esbeltos, dentro de las proporciones gigantescas de esas colmenas de humanidad. El rascacielo domina por su volumen, pero carece de sugerencias espirituales. La necesidad de suministrar aire y luz a la termitera formidable, impone una arquitectura especial, a base de grandes planos que se alejan los unos de los otros como las gradas de una escalinata de ciclopes. Agobiado por las proporciones desmesuradas, el detalle artístico desaparece por costoso y quizás también porque resultaría invisible. El rascacielo ofrece a la vista fatigada su multitud de ventanas absolutamente idénticas entre sí, simples agujeros cuadrados de monotonía insopor- table. Apenas en las torres que suelen dominar la fábrica se precisan las líneas en un sentido de hermosura clásica. Pero resulta casi siempre que la torre no causa la impresión de pertenecer intrínsecamente a su edificio, sino de haberle sido puesta encima, y se divorcia violentamente de la base, de tal suerte que, si se encontrara la posibilidad física de moverlas, las torres de los rascacielos serían intercambiables como unidades de automóvil. Lo serían también las de Notre Dame y Colonia?

Los vestíbulos de los rascacielos acumulan en cambio refinados detalles de ornamentación costosa. Esplende el mármol de múltiples colores, y granito y ónix compiten para deleitar los ojos. La plutocracia dominadora que levantó esas moles parece buscar un oasis de belleza, bárbara a veces, en el reflejo deslumbrante de las pulidas superficies.

Pero insistimos en la belleza del conjunto. Cuando al doblar alguna curva en las carreteras de New Jersey aparece de pronto en la lejanía esa fila ya conocida de gigantes, se experimenta una sensación de asombrado entusiasmo. Y cuando llega la hora de la partida, y el buque se aleja otra vez de la bahía estrepitosa, quiere uno contemplar hasta el último instante el rebaño magnífico y retener en la pupila sus líneas colosales.

A qué obedece el rascacielo?

Suele contestarse que a una necesidad física. Manhattan es muy angosto, lengua de tierra asfuxiada entre el Hudson y el Rio del Este. No pudiendo la ciudad extenderse en el sentido de la periferia, hubo de recurrir al crecimiento hacia arriba. El rascacielo es un producto

del medio geográfico, favorecido por la constitución rocosa del subsuelo que soporta con facilidad pesos formidables. Tal es la explicación oficial, que satisface apenas hasta cierto punto.

Es claro que la geografía obligó a Down Town a aumentar el número normal de pisos, pero esa necesidad no llega a la altura misma del rascacielo. Influye en él la tendencia del americano a "romper records", su amor fisiológico por el tamaño. La conveniencia topográfica tiene límites más bajos que el Empire State Building y los edificios del Rockefeller Center, situados precisamente en sitios de la ciudad donde la península es menos angosta que en las vecindades de Trinity Church.

Pero el americano del norte rinde culto a un concepto que domina su vida: El más grande: *The biggest*.

Cada civilización se orienta en un sentido dominante. Grecia persigue la belleza, Roma el dominio, la Edad Media el valor personal del caballero, el Renacimiento el cultivo de lo clásico en las palabras y en las cosas. Pericles, Julio César, el Cid, Leonardo de Vinci servirían para encarnar sus épocas respectivas. En cambio, el americano del norte vive poseído por el demonio de la magnitud. El rascacielo suma a la necesidad topográfica del crecimiento hacia arriba ese anhelo de superación en tamaño que domina la raza.

Piensa uno sumergido en la metrópoli babilónica, medio ensordecido por el ruido infernal de miles de motores, por el ajetreo de una multitud que ya no cabe en los andenes, que esta civilización se ha orientado en un sentido único, en el sentido del tamaño. Cuando se excursiona bajo la tutela de un guía hay una afirmación que llega constantemente a los oídos: Este es el edificio más grande del mundo, el puente más largo, la construcción más cara. Impera el superlativo como símbolo de una civilización cuantitativa.

Pero por qué este pueblo cuyos primeros fundadores emigraron de la madre patria por motivos religiosos se lanza a perseguir el progreso bajo un signo unilateral de magnitud?

No es sólo un sentido materialista de la vida. Múltiples influencias crearon el fenómeno.

Existe en primer lugar el tamaño desmesurado del país.

Debemos recordar que los actuales Estados Unidos nada tienen qué ver en extensión con las primitivas colonias, escalonadas en una angosta faja a lo largo de los litorales marítimo y fluvial. Pero cuando guerras y compras completaron el perímetro de la imperial República, el pueblo costanero se encontró con la necesidad de poblar, de explotar y comunicar un dominio que abarcaba de un océano al otro y com-

prendía desde el clima semitropical de Florida y Luisiana hasta las ataridas llanuras que rodean el Lago Superior. Todo es desmesurado y grandioso en los ámbitos del gran país. El Padre de las Aguas adentra tan hondo en el Continente su lodosa corriente, que apenas el pasado siglo fue posible encontrar la fuente de sus aguas en el lago de Itasca. Los huracanes del oeste central son terribles ciclones que vuelcan trenes, arrasan ciudades y siembran la desolación y la muerte; las inundaciones convierten en mares llanuras inmensas, las sequías tornan en desiertos prósperas labranzas. El llano del oeste extiende hasta el infinito su monótona superficie, de suerte que el vagón de los exploradores pudo recorrer jornadas y jornadas, antes que las lejanas montañas Rocosas atajaran el lento deslizarse de sus ruedas. La población se encontró ante la necesidad biológica de construir ferrocarriles larguísimos, puentes anchurosos, caminos interminables. Cuando el inglés ancestral contaba por millas, su descendiente americano medía por centenares de ellas. La magnitud se presentó a sus ojos como un hecho real, como una imposición del medio más bien que como un concepto premeditado. Lo desmesurado era condición indispensable para la civilización del Continente.

Pero al mismo tiempo, se presentó un hecho social que colaboró con el medio geográfico. Europa empezó a vaciar sobre América el tonel repleto de sus inmigrantes, produciendo un desarrollo sin precedentes en la historia del mundo. Miserables campamentos se convertían de la noche a la mañana, como Chicago, en ciudades de primera categoría. Crecían las cosechas y se multiplicaban los ganados bajo el signo de una abundancia feliz. Estimulado por el medio surgió un nuevo tipo de magnate, el multimillonario, que cotejó lo desmesurado del país con lo exorbitante de su fortuna. Al mismo tiempo que un ingeniero venido de la Europa Central tendía sobre el río del Este el puente más largo de su tiempo y Francia regalaba a Nueva York la estatua más grande, los industriales y financieros de Wall Street amasaban las fortunas más rápidas y macizas, emuladas apenas en cuantía ya que no en efectividad de circulación por los tesoros acumulados durante siglos por algunas familias de potentados hindúes.

El efecto de esa congestión de cosas superlativas sobre una población de cultura general mediocre pero de enorme capacidad práctica era inevitable. Existe en el hombre la tendencia ineludible a exaltar espiritualmente un concepto. El yanqui exaltó el de la magnitud y lo convirtió en una especie de mística nacional. Hubiera exaltado un postulado religioso o una afirmación artística, si no le hubiera impedido lo primero su falta de unidad de cultos, y lo segundo su naturaleza

pragmatista, contraria al refinamiento sutil y sin utilidad inmediata de los valores estéticos. Norteamérica vive bajo el signo de Vulcano, forjador potente de encendidos hierros, pero no está madura todavía para la dulce advocación de Palas Atenea.

Mas en esa divinización del tamaño hay una especie de sentido idealista. El yanqui ama el record por instinto de superación más bien que por un simple criterio dimensional. Su manía por el tamaño no es la ruda adoración de la masa, sino, para robarle un término al arte pictórico, una especie de concepto estilizado. *The biggest* no es una medida de volumen sino un aleluya de realizaciones.

A pesar de todo, esta civilización deja en el ánimo la impresión de una fuerza lanzada en el sentido unilateral de la magnitud. Se busca en vano la delicada belleza de las cosas diminutas o de las formas armoniosas. Apenas en contados edificios, como en la Biblioteca del Congreso en Washington, se encuentra la combinación adorable de la imponentia y la hermosura, en una fiesta de mármol que deja en los ojos y en el espíritu su huella indestructible.

Simultáneamente con el criterio cuantitativo se extiende en el dominio del espíritu la fiebre de la especialización. Los profesionales se imponen por su competencia en el propio terreno, pero cierran voluntariamente el paso a la tentación de la cultura general. Diríase que el especialista americano teme comprometer su eficacia si se abandona, así sea temporalmente, al deleite de acumular conocimientos que no tengan relación directa con su oficio. La ignorancia de lo ajeno es para él tan natural que no se le ocurre siquiera disculparla. En el curso de una conversación con un médico ilustre se mencionó accidentalmente a Jorge Washington. "Usted, nos dijo en tono de gentil apología, no tiene por qué saber quién era Washington. Su compañero sí, porque estuvo en una universidad americana". No consideraba nuestro interlocutor desdorado para un abogado colombiano ignorar la existencia del hombre a quien cupo en suerte desempeñar el primer papel en la revolución de independencia de los Estados Unidos! (1).

---

Están creando los Estados Unidos una cultura? nos preguntaba un joven profesional.

---

(1) En Colombia se quiere llegar al extremo opuesto. Ciertos cuestionarios de la flamante educación oficial cierran las puertas de la universidad al infeliz estudiante que ignore asuntos tan trascendentales para la marcha de la humanidad como la biografía de Gustavo Vasa, la cabalgata de Paul Revere o el régimen alimenticio de los sármatas.

Nos declaramos incompetentes para contestar. El tema es demasiado complejo y resulta temerario pontificar sobre él, pero no resistimos a la tentación de aventurar algunas ideas a guisa de esparcimiento mental.

El concepto mismo de cultura es demasiado general y vago. Hay múltiples culturas: artística, religiosa, militar, mecánica, con la circunstancia de que casi siempre cada una de ellas influye sobre las otras. La religiosa, por ejemplo, suele marcar el carácter definitivo de cada civilización, fijando derroteros a las demás líneas de la actividad humana. Las ruinas que sirven para resucitar hoy la historia de las civilizaciones maya y azteca tienen marcado fin religioso. Son casi todas de templos. La cultura mecánica, en que sobresalen los norteamericanos, suele mirarse por los idealistas exagerados como una entidad de menor cuantía y sin embargo ejerce una influencia capital sobre el destino de un pueblo, sin que de ella se excluyan los más altos valores del espíritu. Va un ejemplo:

Los pueblos indios de América precolombina no conocieron la rueda y por eso su civilización avanzó muy poco en realizaciones prácticas. En cambio puede afirmarse que todo el progreso mecánico de la civilización occidental depende de la utilización de ese al parecer pequeño descubrimiento; y como el proceso de sus aplicaciones había de llevar a la imprenta primero y al vapor después, y la influencia de una y otro son trascendentales para el progreso del espíritu, podemos sacar la consecuencia de que el desarrollo de la mecánica es de enorme beneficio para el adelanto del pensamiento. La supresión de la rueda haría retrotraer el mundo a épocas de plena barbarie.

Volviendo a la pregunta del joven profesional, creemos que en los Estados Unidos germinan los embriones de una nueva cultura universal. Así como hubo una época de cultura egipcia, y otra griega, y otra grecoromana, no sería difícil que al correr de los siglos hablaran los historiadores de una cultura saxoamericana.

Como síntoma que se entra por los ojos, tenemos la penetración de ciertos conceptos y prácticas norteamericanos en la vida moderna. El aseo del cuerpo, por ejemplo, se cumple hoy con fórmulas venidas de los Estados Unidos y no sólo en las clases refinadas de nuestro propio país sino en las europeas. Francia, la "France Eternelle", se lamenta de su inferioridad ante los yanquis en esto que podría considerarse detalle, pero que es trascendental no sólo desde el punto de vista de la higiene, sino también de lo que pudiéramos llamar concepto biológico de la dignidad humana. A Francia le faltan centenares de miles de salas de baño a la americana y se esfuerza por instalarlas. El depor-

te se americaniza a toda velocidad. El cinematógrafo europeo lucha desventajosamente con el americano. Cuando Francia o Alemania logran introducir una película a los Estados Unidos, éstos han introducido centenares a Europa. La misma barbarie de las bandas musicales africanas se generaliza cuando los americanos la adoptan. Como podríamos multiplicar ejemplos hasta el cansancio, deducimos que en materia de cultura mundial, los yanquis poseen ya la primera condición: su influencia sobre los demás.

Pero hay otras consideraciones, deducidas de los grandes procesos históricos que pudieran sintentizarse así: Los pueblos vigorosos empiezan por dedicar sus energías a objetos de engrandecimiento material y consolidación política. Los domina entonces un aspecto de rudeza, una apariencia de brusquedad sin pulimentos; pero a medida que la posición política se estabiliza, que la grandeza material se satura, la energía espiritual se orienta en un sentido artístico, en líneas de creación de belleza. Afirmamos por eso alguna vez que la iniciación de su decadencia suele coincidir en los pueblos con la época de mayor florecimiento literario. En ocasiones es tan ligero el colapso de la importancia material, que los contemporáneos no lo advierten y se necesitan siglos para que los futuros sociólogos señalen, dentro de un periodo de aparente esplendor, los gérmenes fatales de la decrepitud como en la Roma de Augusto; otras veces la coincidencia es visible como en la España de los Felipes. Dentro de estas líneas de pensamiento podemos afirmar que los Estados Unidos esperan que su empuje materialista se amortigüe con la adquisición misma de sus objetivos, para que en ellos empiece a florecer la orquídea maravillosa y letal a veces de la cultura artística. Nada tendría de raro que dentro de algunos años los nietos de Vanderbilt y Rockefeller descollasen en la academia de los filósofos y la escuela de los literatos. Ya un nieto del segundo consagra sus actividades a una obra de mejoramiento social, la reforma de las prisiones americanas.

Pero fuera de las anteriores consideraciones demasiado generales, hay síntomas que advierten la desviación del criterio materialista hacia zonas de predominio espiritual. Los millonarios, por ejemplo, experimentan una atracción irresistible por las obras de arte. Con desembolso de millones van llenando sus museos con los viejos tesoros de la empobrecida Europa. Allí vemos las colecciones de pinturas de Astor y de Frick, las joyas asombrosas de Morgan. Grecos, Rafaeles y Tizianos señorean los salones espléndidos y las Madonas admirables parecen presidir con su eterna sonrisa el nacimiento espiritual de la orgullosa democracia.

Sería inútil negar que el proceso de cultura total en América ha de ser lento. Existen ciertas características especiales que determinan esa lentitud y no es la menos importante la falta de una vinculación milenaria de los habitantes con su tierra. En Asia y Europa el hombre se conecta en serie ininterrumpida de siglos al medio geográfico que lo rodea hasta lo más remoto de la historia. Ni siquiera las invasiones destruyeron la herencia de los vencidos y el bárbaro edificó su morada sobre los cimientos de las habitaciones romanas. Nunca asistió Europa al naufragio completo de una cultura trascendental. Grecia heredó de Egipto, Roma de Grecia, los bárbaros de Roma, el Renacimiento recogió el legado de la Edad Media al mismo tiempo que desenterraba las estatuas paganas en un raptó de alegría dionisiaca. La Reforma protestante, ese monstruoso atentado contra la unidad espiritual de Occidente, acogió en su mayor parte la tradición católica y si bien atacó el dogma, dejó casi intacta la moral como sistema de vida, ya que no como imposición doctrinaria. El francés de 1938 que contempla las torres de Notre Dame, puede retroceder mentalmente sin encontrar soluciones de continuidad hasta las basílicas romanas y el altar de piedra de los druidas. Menhires y catedrales son etapas de una tradición religiosa que cambió de cultos pero que se ejerció siempre sobre la misma tierra y el mismo pueblo. La verdad cristiana substituyó el sagrado muérdago por las palmas del Domingo de Resurrección, pero hubo siempre junto al altar un pueblo arrodillado. Hay una compenetración inconsciente y vital entre el hombre y la tierra. Diríase que emana de los monumentos milenarios un sutil perfume que empapa el espíritu de las gentes. La cultura de los pensadores no es sólo adquisición escolar y metódica, sino también una especie de accesión cerebral del medio ambiente y de los valores heredados. Cuando leemos a Bainville, a Gide, a Papini, o a los ceremoniosos maestros como Taine, Brunetiere, Menéndez y Pelayo, es imposible distinguir en sus escritos el fruto de las pacientes vigiliás de la sedimentación diaria de lo que flota en el ambiente, venido de las profundidades fecundas de la historia. La tradición familiar penetra en la noche de los siglos. Grandes de España, lores de Inglaterra, pares de Francia pueden seguir el árbol frondoso de sus genealogías hasta encontrar sus raíces en la gesta de la reconquista o en los ardientes caminos de las Cruzadas. La tradición es una herencia real.

Pero en América y sobre todo en Norte América, donde el piel roja vegeta los últimos días de su desaparición como raza, el fenómeno es inverso. El yanqui vive sobre una tierra cuya historia empieza con los peregrinos del May Flower. El aborigen desapareció con sus



bisontes y su nómade peregrinar por las llanuras del Continente no dejó una literatura, una religión, un monumento. Para encontrar los primeros restos tangibles de civilización precolombina hay que descender al sur, donde en las tierras arrebatadas a México crearon los indios Pueblos el modelo informe de los futuros rascacielos. El piel roja americano dejó apenas puntas de flecha, mocasines y canoas de cáscara de abeto. Vivió sobre la tierra sin penetrar en su entraña. Nada puede heredarle el yanqui en el terreno material ni en los dominios del espíritu.

La tradición familiar se anula en el momento en que los padres emigraron de Europa, por la razón sencilla de que peregrinos del May Flower, cuáqueros de Filadelfia y católicos de Maryland no representaban la tradición inglesa sino una reacción contra Inglaterra.

Nada en los Estados Unidos es antiguo, con antigüedad auténtica y patinada. Lo que allí se llama viejo y como tal se exhibe, resultaría moderno y en ocasiones casi contemporáneo en Europa. La gran democracia es una juventud sin antepasados.

Y la cultura es ante todo un sedimento. Comparada con la obra de las generaciones difuntas, la realizada por la que vive en cada instante de la historia es minúscula. Las revoluciones fracasan cuando se empeñan en romper con el pasado y sólo triunfan cuando tienen la cordura de modificar sus instituciones sin intentar destruirlas.

De aquí que el florecimiento de una cultura humana en la amplitud del vocablo, sólo se presentará en América con el concurso de los siglos. La aurora está demasiado cercana para que pueda aspirarse a la claridad de un cenit perfecto.

Pero esa cultura ha de surgir y está surgiendo. El yanqui tiene suficientes prendas de corazón e inteligencia para crearla. Ya en el sur, al estallar la guerra de Secesión, empezaba a brillar junto a las orillas del Mississippi una luz de refinamiento social, que recordaba vagamente la corte pastoril y amanerada de los reyes de Francia. Cuando termine el proceso de asimilación de razas, cuando Norte América se sature, la humanidad inscribirá en sus fastos el nacimiento de una civilización autóctona junto a la cuenca de los grandes lagos y el lodoso curso del Padre de las Aguas.

Nada vale, en contra, la literatura adocenada que nos pinta al yanqui como un niño grande, ingenuo, sencillote y asombradizo. Es demasiado fácil generalizar sobre tipos aislados un carácter nacional. No se necesita demasiado ingenio para imaginar que cuando las legiones de Paulo Emilio dominaron a Macedonia y saquearon el Epiro, los griegos se consolaron de su derrota con alegres y mordaces epi-

gramas contra sus rudos vencedores. El tosco centurión que miraba con ojos de bárbaro las desnudas estatuas de Afrodita debió ser objeto y tema de la chispeante sátira ateniense. Sin embargo, los descendientes del centurión habían de ejercer una influencia más definitiva sobre la marcha de la humanidad que los nietos de Pericles. La jurisprudencia occidental es todavía una jurisprudencia latina y fue el poder de Roma el que salvó de la destrucción completa la filosofía y la estética griegas. Hasta 1453 los últimos romanos montaron la guardia del helenismo junto a las aguas del Bósforo.

Pero mientras el viajero medita estas cosas que pueden resultar al fin de cuentas "cerebración inútil", su sistema nervioso, acostumbrado al silencio de una ciudad provinciana en la distante Colombia, vibra lacerado por el estruendo ensordecedor de la metrópoli. Es el rumor neoyorquino típico e inconfundible. Diríase la canción del hierro. Del hierro esclavizado por el hombre, sometido a sus caprichos, dócil a su voz. Hierro frotado en los rieles, golpeado en los cilindros, distendido en las calderas, hecho música bárbara en los ardientes labios de las sirenas de vapor. La orquesta metálica resuena en tonalidades múltiples: gime, chirría, ruge. Acompañando su diapason formidable se le suma a veces el estallido de la dinamita que destroza las entrañas de roca de la urbe para abrir campo a nuevos rascacielos monstruosos, termiteras de una humanidad con fiebre que vive a galope tendido su angustiada existencia. De cuando en cuando un silencio instantáneo cae como una losa sobre la ciudad, para quebrarse luego, despedazado por un estrépito más brutal aún que la habitual tormenta. Multitudes incontables se empujan en los andenes, asaltan los ascensores, desaparecen tragadas por la boca hambrienta de los ferrocarriles subterráneos. Y al contemplar en la distancia la torre del Empire State Building, que emerge como fugitiva del maremagnum estruendoso, viene a nuestra memoria el recuerdo de una película impresionante y absurda, y volviéndonos a nuestra compañera, que observa con asombrados ojos el soberbio espectáculo, le gritamos, casi sin pensarlo:

—Mira, mira: hemos llegado al reino de King Kong.

---